

Serie:
Escénicas

Colección:
Artes para la educación

Un Miércoles de Ceniza

Diálogos de difuntos

Dramaturgia:
José Domingo Garzón



UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA
NACIONAL

UN MIÉRCOLES DE CENIZA

(Diálogos de difuntos)

Dramaturgia:
José Domingo Garzón



UN MIÉRCOLES DE CENIZA

(Diálogos de difuntos)

Dramaturgia: José Domingo Garzón

An Ash Wednesday
(Dialogues of the Dead)

Playwright: José Domingo Garzón



**UNIVERSIDAD PEDAGOGICA
NACIONAL**

Universidad de la Pedagogía

Garzón, José Domingo

Un Miércoles de Ceniza (Diálogos de difuntos) = An Ash Wednesday
(Dialogue of the Dead) / José Domingo Garzón. ---- 1ª. ed. --- Bogotá:
Universidad Pedagógica Nacional, 2015

58 p.

1. Teatro Colombiano. 2. Violencia - Teatro - Colombia.
3. Toma Palacio de Justicia - Teatro. 4. Muertos - Teatro.
5. Guerrilla - Teatro - Colombia. 6. Dramaturgia Colombiana. I. Tit.

792. cd. 21 ed.

UN MIÉRCOLES DE GENIZA (Diálogos de difuntos)

Adolfo León Atehortúa Cruz
Rector

María Cristina Martínez Pineda
Vicerrectora Académica

Sandra Patricia Rodríguez Ávila
Vicerrectora de Gestión Universitaria

Miguel Alfonso Peña
Decano Facultad de Bellas Artes

© Universidad Pedagógica Nacional
© José Domingo Garzón

ISBN: 978-958-8908-31-1 (impreso)

ISBN: 978-958-8908-32-8 (digital)

Primera edición, 2015

Preparación Editorial

Universidad Pedagógica Nacional

Grupo Interno de Trabajo Editorial

Alba Lucía Bernal Cerquera
Coordinadora

Maritza Ramírez Ramos
Editora

Martha Méndez Peña
Correctora de estilo

Mauricio Esteban Suárez
Diseño y diagramación

Impreso en Javegraf
Bogotá, D.C., 2015

Agradecimientos y reconocimientos

El proceso de creación de esta obra estuvo asociado al trabajo académico desarrollado con los estudiantes Martha Lazcano, Andrés Moure, Irith Prilloltensky y Angélica Gutiérrez, de la promoción 1994 de la Escuela del Teatro Libre.

Bogotá, junio de 1994

SINOPSIS

Un Miércoles de Ceniza es una obra teatral realizada en el marco de un proceso académico en la Escuela del Teatro Libre, en 1984. Intenta una inmersión de fábula frente a los hechos sucedidos el miércoles 6 de noviembre de 1985 cuando un comando del movimiento guerrillero M-19 se tomó el Palacio de Justicia. El desenlace cruento de esta acción no ha sido más que otra de las vías de entrada al horror que ha teñido al país en su historia reciente: un lugar simbólico de la justicia, situado en pleno centro de la ciudad-país, convertido en campo de batalla, en donde los odios y las animadversiones más profundas, atávicas, nutren a los combatientes. A los unos para poner fin a esa suerte de “humillación” contra su varonil concepto del honor, que ya había sido retado unos años antes cuando les fue sustraído todo un arsenal de sus depósitos, y a los otros en la febril incoherencia de una lucha de liberación a sangre y fuego.

Sin embargo, *Un Miércoles de Ceniza* abandona los ires y venires del asunto mismo de la toma, y se concentra en la postrera suerte de cuatro personajes anónimos, pertenecientes a la “sociedad civil”, que caen víctimas del combate que, aparentemente, les es ajeno. Un asunto de efectos colaterales.

Palabras clave: Toma del Palacio de Justicia, teatro colombiano y violencia

SYNOPSIS

An Ash Wednesday is a play created and performed as part of an academic process at Escuela del Teatro Libre de Bogotá, Colombia, in 1984. It pretends to approach, as a fable, the events that occurred on Wednesday, November 6, 1985 when a command from the M-19 guerrilla movement assaulted the Colombian Courthouse. The bloody *dénouement* of this action has been just another horror story that has stained Colombia's recent history: a symbolic place of justice, located in the heart of the city-country, became a battlefield, where hate and the deepest, atavistic, animosities nourish the combatants. Some were looking to put an end to the "humiliation" against their sense of honor, which had been challenged some years ago when a whole arsenal had been stolen from their deposits. The others were immersed in the febrile nonsense of a liberation struggle to blood and fire.

However, *An Ash Wednesday* does not explore the vicissitudes of this cruel assault, but it focuses on the stories of four anonymous characters of "civil society", fallen in a battle they seem not be connected with. This is a matter of collateral damages.

Keywords: Courthouse assault, Colombian theatre and violence

UN MIÉRCOLES DE CENIZA¹

Enrique Pulecio

Decir que solo gracias a la tradición trágica, que ha influido en forma determinante la creación de tantas obras que tratan estos agudos problemas, sería ignorar otra vertiente no menos significativa. Ya hemos hablado de ello, pero es necesario insistir por su capital participación en el proceso de desarrollo de la dramaturgia del conflicto en Colombia. Nos referimos a la obra dramática de Carolina Vivas, Fabio Rubiano, Eric Leyton, Humberto Dorado, Matías Maldonado y José Domingo Garzón, quienes, a su manera, han establecido procedimientos y esquemas generales para el desarrollo de una cierta dramaturgia del futuro, si así pudiera hablarse. Y no es que estén aspirando a situarse dentro de una vanguardia, acaso puramente formalista, ni que busquen articular su obra en función de un futuro, como aspiraba el movimiento futurista europeo, o que intenten proponer nuevas estéticas, porque su tarea es más urgente que eso. Se trata de crear formas dramáticas que comprendan un análisis de la realidad para que, partiendo de ella, puedan reflejar, más allá del puro realismo, una dimensión ética y política en el ámbito del sufrimiento de las víctimas, como lo expresamos arriba.

¹ Aparte de *Luchando contra el olvido*, investigación sobre la dramaturgia del conflicto, publicado por el Ministerio de Cultura en el año 2012. ISBN 978-958-57628-0-0. Pp. 96-100.

Travieso, Garzón, un poco enfant terrible, experimenta y cuando su expresión está lograda, inmediatamente la abandona, como sucedió con *La procesión va por dentro*, obra que inaugura una suerte de género, tras el cual otros grupos se beneficiaron de sus hallazgos. Aunque no puede decirse lo mismo de *Miércoles de Ceniza*, porque su origen acaso se remonte a los años próximos al 70, fecha en que, aproximadamente, Luciano de Samosata escribió su *Diálogo de los muertos*. La situación es la misma, el trasfondo semejante, la sanción moral parecida y el género ha sido una herencia que Garzón ha sabido recoger de la antigüedad haciéndolo moderno. Nos referimos a la sátira.

(...)

En *Miércoles de Ceniza*, diálogos de difuntos en catorce cuadros, José Domingo Garzón también nos habla de la inútil trivialidad de las vanidades humanas ante la única gran certeza del hombre, como es la muerte. Nos habla de mujeres presuntuosas que aparentan lujo y elegancia con un inevitable matiz de ridículo. Preocupadas, todas y cada cual a su manera, por sobrepujar en importancia a las otras, sus rivales, como si en ello encontrarán alguna forma de valor que las justifique. Nos habla de las turbias fortunas de comerciantes y traficantes para quienes una deuda es cuestión de honor: el único que entienden en su vida porque es el único que da réditos.

De hipocresía y debilidades, de inútiles y falsos arrepentimientos, de las mentiras con que se alimenta la autoestima, de las ilusiones creadas por un mundo de espejismo y artificios, se habla rápido en esta pieza. Garzón lleva a escena una caricatura en cuya mordacidad mezcla dos géneros, la comedia y el drama, cumpliendo socarronamente con su doble propósito: instruye destruyendo. Entre *La Siempreviva* y *Miércoles de Ceniza* se tiende un incómodo puente que resulta amargo transitar, pues se presenta en un contexto bastante atroz en el que aún resuenan los ecos de muchas víctimas: el escenario de escombros que deja la toma del Palacio de Justicia por parte de un comando guerrillero del M-19. ¿Tienen algo que ver estas señoras casi ridículas, ya difuntas, con aquel holocausto histórico? Garzón insiste en su método deconstruccionista: también él parece proclamar el fin de los grandes relatos. Ya no

se pone en escena el encuentro entre la historia del país y la “historia menuda de una familia”, sino que se trata del desencuentro entre los seres aprisionados en una gran catástrofe.

La desconfianza, el recelo y la animadversión, la envidia y el rencor, que identifican a los protagonistas de la obra de Garzón son su descentramiento, tan distintos a la centralidad de *La Siempreviva*, que expresa, como bien lo ha escrito Carlos José Reyes, “el dolor de un país ante uno de sus más sangrientos y terribles episodios”. Se dirá, si llegase a comparárselas, que la de José Domingo Garzón es un obra menor con relación a la de Miguel Torres. Y lo es, pero lo que *Miércoles de Ceniza* reivindica es su trabajo corrosivo en los márgenes. Aquellas mujeres y aquel oscuro personaje llamado Sancristóbal jamás en la vida hubieran echado lazos de amistad entre ellos. Si su desgracia fue morir de semejante manera, su tragedia fue haber sido condenadas a encontrarse después de muertas las unas con las otras. Y como uno de los más espantosos castigos del infierno está relacionado con la infinita repetición, quién quita que Garzón haya situado a sus personajes en medio del fuego eterno del infierno para que paguen por sus pecados. En un nivel más literal la obra se organiza aquel viernes 8 de noviembre de 1985 en medio de las ruinas del Palacio de Justicia. El dramaturgo propicia ese encuentro para confrontar unas formas sociales con otras y así ir sacando partido de sus idiosincrasias, en la mutua fatalidad que las ha llevado allá.

El tono ligero de crónica social sarcástica en un día luctuoso para el país crea, pues, ese malestar que descoloca al espectador, quien pierde el lugar apropiado de su postura. ¿Pero cómo no reír si es la risa lo que mueve sus diálogos punzantes? Esta mirada ácida sobre el conflicto armado, en tono de sátira, acaso nos habla del fingimiento, la falsedad, las dobles posturas, el engaño y el artificio de toda una sociedad. Pero nos cuesta digerirlo. Desconfiado, y con el uso de su declarado artificio, Garzón, con cierta insolencia, parece estar por encima de esos pudores, no lejos de la filosofía del de Samosata: “[...] me he dedicado a la ficción de un modo mucho más descarado que los demás. Y en una sola cosa seré veraz: en decir que miento. Pero no más que cualquier escritor quien sabe que su obra tiene puesto un pie en la realidad y otra en la ficción”.

Como hemos visto, las de Garzón son obras diabólicamente irreverentes. Sus creaciones nacen de las tinieblas de la opresión, de la humillación de los débiles, de los crímenes de los poderosos. Su mirada penetrante y su extraordinario sentido del humor van dirigidos hacia la pequeña burguesía. Se trata de un teatro en el que, no obstante su tono satírico, siempre aflora algún rictus de amargura. En esta obra cuando los personajes, a pesar de sus pequeñeces burguesas, comienzan a sospechar de la trivialidad de sus vidas y se preguntan si la vida llevará a alguna parte. Sin encontrar una respuesta adecuada que los anime a tener esperanzas, pero tampoco a instalarse en un cómodo pesimismo, pronto se olvidan de semejante inquietud que en un momento cruzó por su mente como un mal pensamiento. Tal es su miopía y su perfecto egoísmo. Sus personajes solo pueden comprender las más pequeñas e inmediatas cosas de la vida: fuera de ellas se sienten perdidos. La escena es cruda.

El escenario debe dar la sensación de un amplio cuarto de baño en escombros. Al fondo, un enorme boquete con las puntas hacia dentro, del que a intervalos swaldrá un hilo de humo azuloso. Cuatro sanitarios semidestruídos. Regados por el piso, gran cantidad de carbones, de distintos tamaños.

Lentamente, el escenario se ilumina con una luz pareja, que es metálica, plumiza y triste. Tres mujeres en escena, distantes entre sí. Lucen vestidos absolutamente cotidianos y, en contraste con lo ruinoso del escenario, están perfectamente aseadas. Cada una mira como idiotizada un trozo de carbón que tiene en sus manos. Después de un largo silencio, Carmenrosa, toda atolondrada por el fragor de una lucha reciente, levanta la cabeza y fija su atención en el punto donde se halla Rosaelena.

Pero donde Garzón afina sus instrumentos de dramaturgo penetrante, en este teatro de cámara que alude indirectamente al conflicto, es en la lenta transformación del tono socarrón y ligero, a uno más serio, doliente y melancólico, por demás amargo. Los fragmentos finales de la pieza son una muestra de ese cambio de registro. Con él pasa del sarcasmo a una expresión grave, sombría, pesimista y, al final, trágica.

A black and white illustration of a church facade. The central focus is a dark, rectangular door set within a light-colored wall. To the left and right of the door are tall, narrow, vertical architectural elements, possibly columns or pilasters. In the foreground, a group of people is depicted in a dark, textured style, appearing to be gathered or moving. The background is filled with a dense, intricate pattern of fine lines, creating a textured, almost abstract effect. The overall style is reminiscent of a woodcut or a detailed pencil drawing.

UN MIÉRCOLES DE CENIZA

(Diálogos de difuntos)

UN MIÉRCOLES DE CENIZA

(Diálogos de difuntos)

José Domingo Garzón

PERSONAJES

CARMENROSA Velandia

MARLENROSA Rey

ROSAELENA de Narváez

SANCRISTÓBAL Guarín Rosas

(Es el viernes 8 de noviembre de 1985.

El escenario debe dar la sensación de un amplio cuarto de baño en escombros. Al fondo, un enorme boquete con las puntas hacia adentro, del que a intervalos saldrá un hilo de humo azuloso. Cuatro sanitarios semidestruidos. Regados por el piso, gran cantidad de carbones, de distintos tamaños.

Lentamente, el escenario se ilumina con una luz pareja, que es metálica, plomiza y triste.

Tres mujeres en escena, distantes entre sí. Lucen vestidos absolutamente cotidianos y, en contraste con lo ruinoso del escenario, están perfectamente aseadas. Cada una mira como idiotizada un trozo de carbón que tiene en sus manos.

Después de un largo silencio, Carmenrosa, toda atolondrada por el fragor de una lucha reciente, levanta la cabeza y fija su atención en el punto donde se halla Rosaelena. Pregunta y quedo...)

Uno

CARMENROSA.- Perdón, ¿dijo algo?

(Carmenrosa Velandia es una mujer de unos cuarenta años. Sus crispados dedos están coronados con evidentes anillos multiformes. Vestido azul, ancha chaqueta en cuero café, botas de tacón alto, medias verdes. Un cuidadoso maquillaje en tonos verdes y morados le resalta sus ojos como alucinados. Porta cartera azul y un envoltorio en papel kraft. Le contesta Marlenrosa al otro extremo)

MARLENROSA.- Quién, ¿yo?

(Marlenrosa Rey es una muchacha de unos 28 años. De aire di-charachero, ojos atentos y traicioneros, ademanes nerviosos, pelo teñido y facciones escondidas bajo una considerable capa de maquillaje barato, Marlenrosa viste un traje azul con pepas blancas, medio cubierto por su blusa de peluquería toda manchada con esmaltes de colores y mareada con parches de tinturas)

CARMENROSA.- No, la señora...

ROSAELENA.- ¿Yo qué?

CARMENROSA.- Usted... ¿dijo algo?

ROSAELENA.- ¿Le parece que dije algo? ¿Por qué cree que yo dije algo? ¿Para qué iba yo a decir algo? Yo no tengo nada que decir.

(Y vuelve sobre su carbón. A sus 55 años perfectamente bien llevados, doña Rosaelena de Narváez tiene el aspecto romántico, displicente y altivo de aquellas que lo tuvieron absolutamente todo en la vida. O mejor, casi todo, porque doña Rosaelena adoleció de un amor sincero y definitivo. Viste un sobrio sastre rojo y abriga su espalda una amplia pañoleta de fondo negro, ilustrada con arabescos en tonos verdes, mostaza y rojo)

CARMENROSA.- Escuché una voz que venía de ese lado y pensé... Bueno, no vale la pena.

ROSAELENA.- (Seca) ¿No vale la pena qué, señora?

MARLENROSA.- Deben ser los ecos.

CARMENROSA.- ¿Los ecos de qué?

MARLENROSA.- De los gritos. Sucede que a mí todavía me retumban en la cabeza.

CARMENROSA.- Comprendo.

MARLENROSA.- ¿Qué?

CARMENROSA.- Que se haya confundido con los ruidos. Cuando hay silencio después de un gran escándalo, uno queda como escuchando los ecos...

MARLENROSA.- ¿La señora es que es siquiatra?

CARMENROSA.- No, pero lo leí en alguna parte.

MARLENROSA.- ¿Lo de la sicosis?

CARMENROSA.- ¿Cómo?

MARLENROSA.- Sicosis. ¿Eso no se llama sicosis?

CARMENROSA.- ¿Qué?

MARLENROSA.- Lo de los ruidos y los traumas que se quedan dentro de uno.

(Silencio)

Dos

- CARMENROSA.- *(Gira súbitamente y se dirige muy rápido hacia Rosaelena. Se frena y habla toda atropellada)*
Disculpe señora, excúseme, qué pena, de verdad que no quise importunarla. Fui muy grosera, lo reconozco.
- ROSAELENA.- No señora, no es nada. Antes, excúseme usted, no quise responderle así.
- CARMENROSA.- Es por... bueno, la tensión. Todas estamos sumamente tensionadas...
- MARLENROSA.- Es cierto.
- ROSAELENA.- Y no es para menos.
- MARLENROSA.- Claro, siempre es que se altera una, se entiende, ¿no? Con tanto ruido, y tanta acción y tantas emociones tan... terribles.
- CARMENROSA.- Pero ya todo pasó.
- MARLENROSA.- Sí, eso parece. Al menos no se ve un alma viviente. Pasa la tempestad y llega la calma.
- ROSAELENA.- *(El agujero arroja una bocanada de humo. Rosaelena habla para sí con un cierto dejo de amargura)*
Todavía huele a pólvora y a plástico derretido. Todavía queda un poco de humo. Se nota, de todas maneras, que no hace mucho terminó...

(Silencio. Deambulan. Marlenrosa intenta un comentario al aire...)

- MARLENROSA.- Chiquito esto, ¿no?

(Silencio)

Tres

ROSAELENA.- Al verlas aquí, al verlas así, yo supongo que están aquí...

CARMENROSA.- ...Por lo mismo.

ROSAELENA.- Por lo mismo, obvio, qué bobada, por lo mismo.

CARMENROSA.- Nunca lo habría imaginado.

MARLENROSA.- ¿Qué?

CARMENROSA.- Que esto sería así.

ROSAELENA.- (*Se altera*) ¡Esto qué! ¿Los baños, el... accidente, qué?

CARMENROSA.- ¡Pues esto! Este nuevo... estado. Pensaba en santos y ángeles y los apóstoles con alas...

MARLENROSA.- (*Ingenuamente, Marlenrosa se palpa bajo las axilas. Al verse sorprendida por la mirada de Carmenrosa, se excusa*)
Ay, pues será que no han nacido...

CARMENROSA.- No se burle, niña. No se burle que eso es serio.

MARLENROSA.- No, si no me burlo; solo palpaba.

ROSAELENA.- A mí lo que me extraña es por qué se queda uno pegado al lugar donde... le tocó.

MARLENROSA.- Será por lo inesperado del suceso...

- CARMENROSA.- Y ahora, ¿valdrá de algo rezar? Digo, unos padrenuestros, unos diostesalve reina y madre, como para entrar en situación...
- ROSAELENA.- No se sabe.
- MARLENROSA.- Eso si uno es bien creyente y no tiene pecados gordos que esconder.
- CARMENROSA.- Pero la gente decía que si uno ni se daba cuenta, es decir, si sucedía por sorpresa, que Dios premiaba y eximía...
- MARLENROSA.- Pero por otro lado, afortunadamente que uno no se queda solo, ¿sí? Por lo menos. Yo pensaba que... Y antes de verlas, me entró pánico, porque pensé que estaba sola. Y... ¿No hay nadie más?

(Silencio. Recorren con la mirada las ruinas)

Cuatro

- ROSAELENA.- No, solo nosotras... tres.
- CARMENROSA.- Lo raro es que había mucha más gente aquí, ¿cierto? Yo alcancé a contar como sesenta.
- MARLENROSA.- Debe de ser que los otros fueron más vivos y se salvaron.
- CARMENROSA.- Ni crea, que había un resto así, ya todos acogotaditos... y viceversa, mejor dicho, otros que estaban sanitos. ¿Esto es, será, lo de las almas en pena? Qué susto. Eso de las almas en pena a mí siempre me había dado susto. Y a ustedes... yo no las vi aquí, cuando eso.

- ROSAELENA.- A los otros ya los recogerían.
- CARMENROSA.- Puede ser. ¿Pero a nosotras por qué no?
- ROSAELENA.- Pero, ¿ya ustedes buscaron bien lo suyo?
- CARMENROSA.- Pues, lo que se dice bien, bien... Yo hasta ahora estoy apersonándome, haciéndome consciente de la situación.
- ROSAELENA.- Y así, a simple vista, ¿usted ve algo que le pertenezca?
- CARMENROSA.- ¿A simple vista? Pues no...
- MARLENROSA.- ¿Quién va a poderse reconocer ahí en ese desparrame? ¿Sí ven? Si a simple vista no podemos distinguarnos entre toda esta basura, entonces la cosa está complicada.
- CARMENROSA.- Y claro, porque cualquier cosa de estas puede pertenecerle a cualquiera...
- ROSAELENA.- Todos nivelados por el rasero.
- MARLENROSA.- Inclusive... No. ¿O sea que ahí estamos nosotras? Nos vemos igualitas...
- ROSAELENA.- No creo. ¡No puede ser! ... No creo.
- MARLENROSA.- ¿Entonces?
- CARMENROSA.- Tiene que haber una explicación para entender por qué quedamos aquí abandonadas. A ver... Yo lo último que recuerdo... Ay Dios mío.
- ROSAELENA.- ¿Qué? ¿Qué pasa?

- CARMENROSA.- Una gran explosión. Recuerdo que antes de ella gritaban que había que abrir la boca para no explotar por dentro por lo de la onda explosiva... Recuerdo que iba a empezar a tomar mucho aire para poder permanecer con la boca abierta a la espera y en eso se oyó una gran explosión.
- MARLENROSA.- Un momentico. ¿Y la señora tenía familia, esposo, hijos?
- CARMENROSA.- ¿Familia? ¿Por qué me lo pregunta?
- MARLENROSA.- Es solo para ver... es una intuición, ¿sí? Mire, yo por lo menos no tenía.
- CARMENROSA.- ¿Qué?
- MARLENROSA.- Familiares.
- ROSAELENA.- ¿Y? ¿Qué hay con eso?
- MARLENROSA.- Pues es que si ninguna tenemos dolientes para que nos hubieran reclamado... ¿sí me entiende? Si ninguna teníamos familia, ¿quién se iba a interesar por nosotros? ¿Quién iba a buscarnos o a reclamar? Sí, claro, por ahí es la cosa. Yo no tenía a nadie en el mundo. Yo vivía sola.
- CARMENROSA.- Yo estoy segura de que en esa explosión...
- ROSAELENA.- Pero... los amigos, los conocidos, la gente... Yo tengo amigos, muchos amigos sinceros que no me dejarían... tirada.
- MARLENROSA.- ¿De veras?

- MARLENROSA.- No creo que ustedes fueran... Que no tuvieran a nadie... Piensen en alguien conocido, en un amigo del alma.
- MARLENROSA.- Los amigos del alma... ¡Qué amigos del alma! Es que es muy distinto, ¿sí? Con la familia es como una obligación, en cambio con los amigos y relacionados... eso es otra cosa.
- CARMENROSA.- Aunque... yo también viví sola.
- MARLENROSA.- ¿Sí ven que tengo razón? O sea que al menos no estamos solas... mejor dicho, que si las tres vivimos solas es un alivio...
- ROSAELENA.- ¿Por qué un alivio?
- MARLENROSA.- Porque tenemos ya algo en común y puede que tengamos todavía muchas más cosas parecidas, ¿no les parece? Porque eso de vivir solo tiene su ciencia, ¿sí?, tiene su misterio y... me parece rico que podamos participar, ¿sí? alternar tres solitarias, ¿no les parece? Podríamos, podríamos contarnos cosas como por ejemplo por qué nos quedamos solas porque, la verdad, las tres ya estábamos como creciditas.
- ROSAELENA.- No veo a qué viene el entusiasmo, señorita.
- MARLENROSA.- No veo a qué viene la amargura señora... disculpe, señorita, si al fin y al cabo, ya nada se puede hacer.
- ROSAELENA.- Por lo visto, lo que toca es empezar a buscarnos. Nos toca buscarnos porque... ¿quién va a buscarnos si no somos nosotras mismas?

(Saca una bolsa de basura de entre un bolsillo y se dispone a comenzar. Marlenrosa la toma por el brazo)

MARLENROSA.- Y, ¿se puede saber cuál es el afán?

ROSAELENA.- Yo... quisiera terminar rápido.

MARLENROSA.- ¿No le parece que es mejor esperar un poco?

ROSAELENA.- ¿Esperar?

MARLENROSA.- No... Es que creo que es prematuro. Buscar de una vez, encontrar... eso y ¿luego? ¿Y luego?

ROSAELENA.- ¿Y luego qué?

MARLENROSA.- ¡Eso, qué!

ROSAELENA.- Pues a descansar, me parece que eso es lo mínimo que se puede hacer.

MARLENROSA.- Sí, pero ¿para qué descansar tan rápido? Mejor dicho, de acuerdo, sí, es un hecho... pero podríamos... podríamos intentar otra cosa, como por ejemplo... yo a ustedes no las conozco, ¿sí? Ustedes a mí tampoco... ¿no les parece? ¿No les parece que podríamos... que sería bueno intentar que nos conociéramos porque ahora uno puede valorar más a la gente, con la que uno podría hablar por lo menos un rato antes de... irse definitivamente? Me da miedo ponerme a buscar, me da mucho miedo. Deje el afán, ¿sí?

(Silencio. Por el boquete se eleva una nube de humo. Las tres mujeres se dispersan. Se sientan en cualquier lugar y casi como una confesión retoman el curso de un día cualquiera...)

CARMENROSA.- Descansar, suena raro ahora. Y era lo más deseado un viernes a las seis. Bajar la cortina metálica del almacén... los candados. Y todos los santicos en fila, con sus caritas de resignación. Poner la radio, unos boleros, que no se podían poner con buen volumen por decencia...

(Canturrea, mientras suavemente, lejos, se escuchan los acordes. "Noche de ronda, qué triste pasas por mi balcón, luna que se quiebra...")

Cuadrar la caja, sacar unos pesos para un caprichito, antes de salir a la calle. La calle, que cuando llovía se veía toda brillante... La buseta... El sueño... Irse a dormir... Sentarse en la cama, ver televisión, acordarse de lo fatigoso del día... Descansar.

(Pausa)

Si nos echamos a descansar, de pronto ya nunca más nos vamos a poder acordar de nada, de pronto ya no podremos hablar...

MARLENROSA.- ...Tender la cama antes de meterse entre esas cobijas tan frías y esperar a dormirse para que se llegaran otra vez las seis de la mañana para empezar a... ver qué se hacía.

ROSAELENA.- Un *vermouth*, una buena lectura, el saxofón, las luces de la ciudad que se van apagando a las diez, a las doce, a las dos... los ruidos de la noche que se opacan... Descansar.

(Un poco para no ceder ante la arrasadora melancolía que se le arrima, Marlenrosa se levanta y propone...)

MARLENROSA.- Sería bueno que nos conociéramos, que nos presentáramos, que supiéramos algo la una de las otras.

CARMENROSA.- Es cierto. Total, nadie se conoce con nadie, ¿cierto? Y como están las cosas va siendo mejor que nos conozcamos y nos caigamos bien. ¿No les parece?

ROSAELENA.- ¿Cómo así que nos caigamos bien?

CARMENROSA.- Acaso no han pensado que si estamos aquí juntas no va a ser precisamente por unos cuantos momentos y luego decir... *(Ademán de terminar acción con las manos)* "Yo terminé, fue difícil pero ya, un placer el habernos visto, chao, suerte, besitos". ¿No se dan cuenta de que esto... va para largo, y que estamos condenadas a estar juntas por siempre?

ROSAELENA.- Sí. *(Se miran ya en detalle)* O sea que... *(Rompe a reír. Un rictus amargo pone una cortina sombría en su expresión)* Ja, ja, ja. No lo había visto de esa manera. ¿O sea que juntas vamos a estar como... como tres hermanitas, tres hermanitas... sin poder separarnos? Ja, ja, ja. Bonita cosa.

CARMENROSA.- No veo el chiste...

ROSAELENA.- No, si no me río por ustedes. Figúrense, toda la vida me la pasé soñando con tener una o dos o tres o cuatro hermanas o buenas amigas, para... para tener con quién hablar, salir... *(Se calla, las mira.*

Su nerviosismo se acentúa ante la perspectiva que le ofrece aquella condena)
Hermanas. Imagínense, gente que uno nunca conoció, con la que máximo se topó un día en la calle, sin cruzar palabra y de pronto, de pronto... (*Completamente alterada*) Resulta que ahora estamos ligadas para toda la eternidad. ¡Para toda la eternidad! (*Completamente angustiada, se agarra la cabeza con las manos. Se queda callada un momento. Cambia de aire*) Está bien, personas desconocidas, hermanas, conozcámonos, ya que antes nunca nos vimos. Presentémonos.

MARLENROSA.- Sí, yo creo que será algo distensionante y divertido, y muy humano, ¿no les parece?

ROSAELENA.- Sí, es posible que sea divertido...

MARLENROSA.- ¿Por qué no? ¿No les parece que tenemos mucho de qué hablar ya que se nos da la ocasión de hacerlo por última vez?

ROSAELENA.- O por primera vez, nunca se sabe...

(*Silencio*)

CARMENROSA.- ¿Qué horas serán?

MARLENROSA.- Y qué importa.

CARMENROSA.- Sí importa, porque los de la basura llegarán... Llegarán a limpiar lo que quedó. Por eso es mejor que nos apremuremos a conocernos un poco.

MARLENROSA.- Hola, mucho gusto, Marlenrosa Rey, una amiga más.

ROSAELENA.- Rosaelena, encantada.

CARMENROSA.- Carmenrosa, para servirle.

(Silencio)

Cinco

(Por el fondo de la escena, jugueteando con una cadena dorada entre sus manos, aparece Sancristóbal. Es un hombre de 37 años, fornido y misterioso. Viste una especie de overol negro cerrado en el cuello, botas negras y chaqueta de lana verde oliva con aplicaciones en cuero del mismo color. Guantes de cuero. Terciada, tula de plástico verde con fondo negro. Las mujeres se le quedan mirando entre asombradas y agradecidas...)

SANCRISTÓBAL.- Hola, muy buenos días.

MARLENROSA.- ¿Ah? Buen día.

ROSAELENA.- Buenos días.

CARMENROSA.- Buenos días.

SANCRISTÓBAL.- ¿Molesto para algo?

ROSAELENA.- *(Deslumbrada con aquella aparición, Rosaelena cambia de actitud. Ahora se le nota despierta, atenta y llamativa)*
Para nada, para nada.

SANCRISTÓBAL.- Y... ¿qué hacen por aquí?

ROSAELENA.- Pues... ¿Cómo decirlo? Estamos perdidas.

SANCRISTÓBAL.- ¿Perdidas?

ROSAELENA.- Sí. Un poco...

- MARLENROSA.- El señor es, ¿de dónde...?, ¿de qué viene...? ¿Es de los de la basura?
- SANCRISTÓBAL.- Vengo de por ahí... ¿Ustedes de casualidad no han visto una cadena como esta?
- CARMENROSA.- O sea que usted también...
- SANCRISTÓBAL.- ¿Y ustedes? (*Asienten*) Qué cosa, ¿no? Y yo que pensé que estaba solo, que estaba recibiendo mi merecido...
- ROSAELENA.- Este es el baño.
- SANCRISTÓBAL.- El baño del cuarto piso. Cómo no. Bajé hasta los sótanos. Ya estuve en los otros tres pisos y no hay gran cosa. El problema es que no sé dónde quedé...
- CARMENROSA.- ¿Y ya no queda nadie más, de casualidad?
- SANCRISTÓBAL.- Qué va. Ya casi todo lo recogieron. Apenas quedan rastros de escritorios y archivadores y sillas de oficina y teléfonos... Todo achicharrado, porque lo que quedó medio bueno ya se lo debieron de robar. También recogieron todo lo de la gente. Yo me supongo que por aquí no alcanzaron a pasar en forma porque aquí, en este baño, fue lo más feo, ¿cierto? Lo que queda en los otros pisos es también basura de comida, lo de los soldados...
- CARMENROSA.- O sea que ni para qué salir a buscar fuera de este recinto.
- ROSAELENA.- ¿A usted no lo vi antes?

- SANCRISTÓBAL.- No creo, porque lo que sí tengo es buena memoria y no, no me consta.
- MARLENROSA.- Bienvenido... Quiero decir, está en su casa... O sea, aquí estábamos ya hablando y... siga; mucho gusto... Mejor dicho, qué pena, una no sabe cómo saludar, si como si estuviera en su casa o en la de un invitado; en todo caso, es buena su compañía.
- ROSAELENA.- Y muy oportuna.
- SANCRISTÓBAL.- (*Hacia Marlenrosa, a quien mira con cierto interés*)
¿Decía la dama?
- MARLENROSA.- Decía que como nosotras, está visto, y más con usted aquí, estamos a causa de la misma cosa, pensábamos que sería bueno conocernos. Y nos estábamos ya presentando formalmente cuando usted llegó.
- SANCRISTÓBAL.- Ya. ¿Y se puede saber de qué se trata eso de conocerse? ¿Ustedes desean de casualidad que...?
- ROSAELENA.- Nos presentemos mutuamente.
- CARMENROSA.- Una formalidad.
- MARLENROSA.- Sí, eso. Una formalidad. Es que de todas maneras esta es una cosa tan especial... Aquí ya estábamos todas, doña...
- CARMENROSA.- Carmenrosa...
- MARLENROSA.- Eso, doña Carmenrosa, Doña Rosa... Rosa...
- ROSAELENA.- Rosaelena.

MARLENROSA.- Rosaelena y yo. Mucho gusto, Marlenrosa Rey Rengifo, estábamos tratando de que fuera especial, en vista de que estamos con fosas, digo, cosas en común y que nos pasó a todas lo mismo, tratando de dialogar, de saber un poco de las otras, ¿sí me entiende?

SANCRISTÓBAL.- Claro. Un servidor, Sancristóbal Guarín Rosas.

Seis

(Se quedan todos mirándose sin saber qué hacer. Marlenrosa salta del vacío silencioso y toma nuevamente la iniciativa)

MARLENROSA.- Sancristóbal Guarín. ¿Pues saben qué creo yo? Yo creo que aquí falta algo, falta atmósfera. Sugiero que ahora que vamos a confraternizar, que sería bueno, antes que nada, hacer énfasis en la calidez, en la educación, en las buenas maneras para tener un pretexto y conocernos mucho más formalmente, ¿sí? Ay, sentémonos, ¿sí?, como en una sala de esas bien espaciosas. *(Nadie obedece. Insiste con resignación)* Es que eso de conocernos en un baño no es la atmósfera propicia para incentivar una relación duradera, pero si ponemos de nuestra parte, para hacer que esto sea especial e inolvidable y si nos sentamos, como en una sala de esas bien espaciosas y buenas, las buenas maneras, la cortesía y la educación aflorarán espontáneamente, ¿no les parece? *(Nadie acata)* Bueno... Ahora sí. ¿Confortables?

ROSAELENA.- *(Le tiende la mano con una especie de coquetería profesional)* ¿Me permite? Gracias. Encantada, don Sancristóbal Guarín. En lo personal, estoy segura que me encantará conocerlo, así no sea esta la mejor ocasión. Usted me parece... da la impresión de ser un hombre íntegro y bien dotado. Un hombre con el que se puede llegar a sostener una amistad entrañable.

MARLENROSA.- *(Con cierta alegría)* Qué emoción. Yo siempre soñé con una reunión de amigos así, todo bonito, todo formal...

CARMENROSA.- Señorita Marlenrosa, la felicito...

MARLENROSA.- ¿Perdón?

CARMENROSA.- Que... Es que usted es el alma de esta reunión, en serio. Me gusta su manera de ser. Permítame manifestarle que a mí, que me guío mucho por las apariencias, a primera vista me parece que juntas podemos tener muchas cosas en común y cultivar una amistad inquebrantable.

MARLENROSA.- Qué cosas tan bonitas me dice usted. Ay, ojalá que nunca nos hubiéramos conocido así. Ojalá que hubiéramos sido vecinas o conocidas de antes, para tener todo el placer de dispensarnos una amistad como las que usted dice.

SANCRISTÓBAL.- Ustedes con muy formales, muy educadas. Se ve que además no les cuesta trabajo. ¿Ustedes eran así antes?

MARLENROSA.- ¿Así? ¿Cómo así?

- SANCRISTÓBAL.- Tan extrovertidas y tan francas, o es por ahora...
- ROSAELENA.- ¿Quieres...? Qué pena, ¿puedo tutearte?
- SANCRISTÓBAL.- Seguro.
- ROSAELENA.- ¿Quieres que te diga la verdad?
La verdad es que yo no, a menos que fuera con gente especial. Tú sabes, eso de la química. Hay gente con la que uno es abierto y otra que definitivamente... Me pasa muy pocas veces, como ahora, que soy franca y me nace, ¿ves?
- MARLENROSA.- (*Hacia San Cristóbal*) Ay, qué rico sería sostener con el señor una amistad de esas bien fructíferas.
- SANCRISTÓBAL.- ¿Y qué le hace pensar que no?
- ROSAELENA.- (*Arrobada con San Cristóbal, no oculta sus sensaciones*) Gracias, esto es muy bonito, conocernos así, como en esas reuniones de amigos... Muy bonito.
- MARLENROSA.- (*Que empieza a percibir las grietas en la situación que ha propiciado, habla mientras piensa en Rosa Elena*) Bonito siempre y cuando no se aparezca alguien que se caracterice por ser como esas personas que son conflictivas, impulsivas y sulfuradas.
- ROSAELENA.- (*A Marlenrosa, con aire malévolo*) No creo que ese sea nuestro caso. Si así fuera, esa persona ya se habría mostrado en desacuerdo con sus buenas maneras.
- MARLENROSA.- Sí, pero las personas excedidas se aparecen cuando una menos se lo espera.

- SANCRISTÓBAL.- Lo que es yo, no salgo de mi asombro.
- ROSAELENA.- ¿Por qué dices eso?
- SANCRISTÓBAL.- Yo pensaba que en estos casos la gente iba a estar era alborotada, gritando y protestando, pero me encuentro con ustedes tan... conformes.
- CARMENROSA.- ¿Conformes? Resignadas. Las protestas y los pataleos se quedan para los vivos, pero nosotras no tenemos cómo protestar, ni a quién.
- ROSAELENA.- Bueno, usted estará resignada.
- SANCRISTÓBAL.- Y usted, señorita Marlenrosa, ¿a qué se dedica?
- MARLENROSA.- Yo me desempeño en las artes de la cosmetología...
- CARMENROSA.- Se ve que lo haces bien...
- MARLENROSA.- Gracias. Bueno, a mí no me gusta hablar de mí, porque sinceramente siento que si hablo mucho de mí no les doy a los demás la oportunidad de evaluarme, o sea, que qué persona tan esto o tan aquello... sea bueno o malo el comentario que hagan de una, cosa que a la final para nada debe afectarla a una. Lo cierto es que no me gusta hablar de mí. ¿Y el señor?
- SANCRISTÓBAL.- En cuanto a mí respecta, bueno, me dedico al comercio de las piedras preciosas... De las esmeraldas.
- ROSAELENA.- Guau, qué fascinante, aunque parece peligroso, por lo que dice la gente...

- SANCRISTÓBAL.- La gente dice muchas pendejadas porque no conoce.... ¿Cómo le digo? Falta dominio del tema. Sale por ahí uno que dice: “¡Eso es peligroso!” y ¡tan!, en seguida todos lo repiten. Eso es lo malo de la gente que no domina un tema.
- ROSAELENA.- No, yo no quería decir eso. Al contrario, la suya me parece una vida vivida intensamente.
- SANCRISTÓBAL.- Eso sí es bien cierto, de algún modo. Aunque son muchas las satisfacciones. Ja, si ustedes me vieran allí en acción, les parecería irreconocible...
- CARMENROSA.- En cuanto a mí...
- MARLENROSA.- Ah, pero no nos dijiste de dónde eras, hombre de las piedras preciosas...
- SANCRISTÓBAL.- De Susa, aunque criado en Muzo. ¿Qué le parece a usted, señorita que embellece las caras que no son bellas?
- MARLENROSA.- Me parece toda una aventura.
- CARMENROSA.- Sancristóbal, que nombre más curioso para bautizar a un ser humano... Aunque ese, ese es el santo de los caminantes...
- SANCRISTÓBAL.- Ahí está la cosa, que a mí me gustaba caminar mucho, aunque era una lástima que no lo pudiera hacer de continuo.
- ROSAELENA.- ¿Sufres alguna...?
- SANCRISTÓBAL.- No, no sufro nada, sino por seguridad.

- CARMENROSA.- Yo vendía artículos religiosos en un almacén de la curia, allí arriba, por la once...
- MARLENROSA.- Qué cosa tan emocionante...
- CARMENROSA.- Bueno, sí. La gente piensa que es un trabajo noble, porque en eso uno alimenta la parte espirituosa de la gente, pero... Y sí, bonito muy bonito. Solo que a veces era fatigoso porque permanecía mucho tiempo sin compañía...
- SANCRISTÓBAL.- (*A Rosaelena*) Usted es...
- ROSAELENA.- Bueno, lo cierto es que no tengo mucho para contar. Mi nombre completo es Rosaelena de Narváez. (*Se apresura a aclarar*) Pero no, no soy separada ni viuda. El “de” viene de mi árbol genealógico.
- MARLENROSA.- Ay, en Muzo yo tenía un pariente. El señor de casualidad, de casualidad ¿no conoce a...?
- ROSAELENA.- La verdad es que... pues vivo... vivía de la renta. No es que no hiciera nada, pero no encontraba, como otros, el estímulo que parece haber en la búsqueda cotidiana de lo necesario, ¿me explico? Pues, trataba de pasarla bien. Leía mucho, me gustaba sobre todo la literatura amorosa... Soy una empedernida romántica.
- MARLENROSA.- (*Se levanta de su inodoro y va a pararse justamente al lado de Sancristóbal, acodándose sobre su hombro*) ¿Sí ven qué bueno resulta emplear las formas educadas? Una se siente como las personas importantes y... Si se emplearan

las buenas maneras y se hablara, se dialogara a través de las buenas maneras, muchas cosas no ocurrirían...

CARMENROSA.- Como por ejemplo, lo que nos ocurrió...

Siete

(Vuelven a quedar en silencio. Rosaelena, picada por el desafío que le plantea Marlenrosa, y que se hace evidente, saca con parsimonia su bolsa que había guardado y destila, con sus palabras, el amago de una de sus recurrentes crisis de amargura)

ROSAELENA.- A pesar de las buenas intenciones por conocernos y caernos bien, lo que se ve aquí son cuatro espectros de personas comunes y corrientes, cuatro espectros insignificantes, de lo más aburridores, mezquinos y ordinarios. No, no es nada personal. Yo misma me considero y me consideré una persona simple, porque todo lo que pensaba y me pasaba era común y corriente. Y era así porque todo lo que me sucedía era de lo más ordinario. No podía una hacerse una idea bonita de nada porque ahí mismo se le volvía al revés. Ahí tienen otra cosa en común, que somos las sombras de cuatro seres insignificantes.

MARLENROSA.- Pues qué pena, pero a mí sí me parece que la vida mía, de insignificante sí, qué pena, no tuvo ni cinco.

ROSAELENA.- *(Con una mirada directa acuchilla a Marlenrosa)* Y... ¿qué hace aquí entonces? ¿Quién preguntó por usted, quién se interesó por su suerte? ¿Dónde están las pompas? Yo por lo menos tengo el valor de reconocerlo... Si estamos

aquí es porque no tenemos a nadie que nos eche de menos, que se haya dado cuenta de que faltamos... nadie nos echa de menos y el mundo puede seguir sin nosotros.

SANCRISTÓBAL.- Eso puede que sea cierto, pero lo de vidas aburridoras... En realidad, yo sí puedo decir que a la hora de los balances, no me consideré una persona ordinaria.

ROSAELENA.- Sí, seguramente usted sí tuvo muchas historias fascinantes que contar...

CARMENROSA.- Todas llenas de peligros...

MARLENROSA.- Y aventuras...

ROSAELENA.- Y amoríos.

SANCRISTÓBAL.- (*Cínico y amenazante*) ...Y muñecos. Si no, ¿qué tendría de interesante? Si no hay un muñeco de por medio no hay pimienta, ¿no le parece?

(Rosaelena toma una determinación. Se levanta, avanza hacia un rincón y empieza a escarbar entre los carbones. Carmenrosa también se levanta y saca su negra bolsa de los desperdicios.)

CARMENROSA.- Se nos está acabando el tiempo.

MARLENROSA.- Sí, pero no es para tanto. Afortunadamente, ahora cada cual se dedica a lo suyo y listo. Peor fuera que a uno solo le tocara buscar lo de todos, ¿no le parece?

CARMENROSA.- En todo caso no va a ser fácil reconocer siquiera un detalle de lo que le pertenecía a uno. Yo no me acuerdo qué

llevaba, al final, porque todo se me fue cayendo cada vez que nos cambiaban de sitio.

Ocho

(Rosaelena suspende su labor, se pone de pie y se queda mirando fijamente a Sancristóbal. Este le sostiene la mirada)

ROSAELENA.- Sí señor, a usted sí lo he visto, estoy segura.

SANCRISTÓBAL.- Señora, ¿por qué insiste? ¿No le dije ya que en cambio usted ni se me hace conocida, ni familiar ni nada? ¿Desea acaso la señora que...?

ROSAELENA.- Señorita...

SANCRISTÓBAL.- ¿Y yo tengo la culpa? Usted parece una de esas viejitas casanderas... ¿A quién le importa lo de soltera, viuda, casada o divorciada? Usted todavía no se ha hecho a la idea de que no es más que un montón de polvo, un montón de carbones...

CARMENROSA.- *(Escandalizada)* ¡Don Sancristóbal!

SANCRISTÓBAL.- ¿Pero qué les pasa? ¿Cuál es el asombro, reinitas? ¿Eso no es de decir? ¿Le vamos a echar flores a la maricada? ¿O es que se soñaron que después de muertas iban a quedar en paz y en armonía, que todo se acababa y que iba a reinar la paz? Pues observen que no. Dense cuenta de que esto es lo mismo con las mismas, ¿sí oyen?

ROSAELENA.- No se preocupe, señor Don Nadie, que eso ya lo sé aun antes de que usted apareciera, aun antes de que las señoritas, ustedes, se pusieran sentidas a contar lo que a nadie le interesa. Es más, ahora más que nunca sé perfectamente lo que me espera al tener que compartir la misma suerte que ustedes...

SANCRISTÓBAL.- ¡Y entonces para qué le pone misterio a las huevonadas! Aquí lo que pasó, pasó. Así de sencillo.

ROSAELENA.- A usted, acostumbrado como estaba a estas escenas...

SANCRISTÓBAL.- Shhh.

ROSAELENA.- ...Le debe parecer muy simple, en cambio... Pues no es sencillo, señor mío, esto no es nada sencillo.

SANCRISTÓBAL.- Se calló, silencio.

ROSAELENA.- ¿O le parece simple que uno, yo o cualquiera, llegue uno a cualquier sitio...

SANCRISTÓBAL.- Que se calle, que ya...

ROSAELENA.- ...sin decir esta boca es mía termine por ahí, reventado, así como así?

SANCRISTÓBAL.- Ah, esta vieja ya me volió la hijueputa piedra con su cháchara... Paso, abran paso y déjenme echar una miradita. ¿Seguro de que no vieron esta cadenita, o un Citizen de pulso como este?

ROSAELENA.- Estoy segura de que lo último que desea el señor don Valiente es encontrar su cadenita.

SANCRISTÓBAL.— Y yo me la gané a usted, misiá. ¿Qué es? ¿El premio seco?

CARMENROSA.— ¡Basta, no más! Respeten este camposanto.

Nueve

(Oscuridad. Silencio.)

Han pasado largos minutos. Rosaelena de Narváez escruta, sentada, un montoncito de carbones, con el que va construyendo los contornos de una silueta tirada en el piso. Otro tanto hace Marlenrosa. Carmenrosa, al frente de la escena, sentada en un montículo como de una tumba, sostiene firmemente contra el pecho su correspondiente bolsa de la basura enrollada con algo adentro. Marlenrosa alza la mirada, observa. Luego camina lentamente hacia el centro. Mira hacia atrás, hacia Sancristóbal Guarín que, con una afilada navaja, despunta carbones. Marlenrosa carraspea)

ROSAELENA.— Si se imaginaran lo deprimente que es esto...

CARMENROSA.— *(A Marlenrosa)* Y vos, ¿qué?

MARLENROSA.— Bien, mejor dicho, nada. *(Se apoya en Sancristóbal)* Pero tampoco me preocupa, empiezo a pensar que aquí no estamos... *(Recoge una vainilla de una bala)* Estas cositas chiquitas que quedan de las balas, ¿cómo se llaman?

SANCRISTÓBAL.— Casquetes.

MARLENROSA.— Mi papá tenía una colección de estas, de una plomacera que hubo al frente de mi casa... Eso *hubieron* como 10 muertos...

(San Cristóbal se levanta. Va y se para sobre los restos filosos de un espejo, se mira. Con el polvillo del carbón que queda en sus manos, ensaya un camuflaje. Un poco descompuesta, Rosa Elena protesta con énfasis)

ROSA ELENA.- ¡Esto es indigno! Refundidos con la chatarra, a la intemperie. ¡Esto es indigno!

CARMEN ROSA.- Más indigno será cuando rastrillen esto; más indigno que no tengamos tiempo de identificar lo que quedó de nosotros para dejarlo, por lo menos, apartado; y pase la brigada de aseo para dejar esto presentable para las fotos, y nos recojan mezclados con toda esta basura, y terminemos todos en un botadero, encima y debajo de cuanto porquería echan a los basureros. Más indigno es que desapareceremos de este mundo sin que nadie se entere. *(Se levanta de prisa y se dirige al agujero, por el que mira hacia fuera)* Es mejor que nos apresuremos. Ya empezaron a llegar los camiones de la basura. *(Pausa)* Están en fila, en la Plaza de Bolívar. No hay casi nadie. En el centro hay un anciano que le está echando de comer a las palomas... Las palomas... *(Juega a llamarlo en voz baja)* Señoooooor... Humm sigue echándoles migajas. Pobres las palomitas, que no habían comido en dos días. *(Pausa)* Todo va a volver a la normalidad. Cuando terminen de hacer aseo aquí, van a quitar las barreras que pusieron por las entradas de la plaza y la gente vendrá y mirará y *habrá* vendedores de empanadas y de chicles y de cigarrillos... Una feria al frente de este monumento en ruinas... ¿Y después?

Ni curiosidad. Probablemente tumben esto y construyan uno más grande, uno magnífico, hasta que ya nadie, nadie se acuerde de esto.

ROSAELENA.- ¿Usted ya encontró algo?

CARMENROSA.- Quién, ¿yo? No, no encontré nada.

ROSAELENA.- Y eso... ¿qué guarda en la bolsa?

CARMENROSA.- No es nada.

ROSAELENA.- A ver, déjeme ver. Si no es nada, entonces déjeme ver por qué lo aprieta tanto. Usted nos está ocultando algo. Usted ya encontró algo, por eso se pone sentimental y... Pero de aquí no se va hasta que todos, ¿me oye?, todos encontremos lo nuestro...

CARMENROSA.- ¿Por qué?

ROSAELENA.- ¿Cómo que por qué? A mí no me van a dejar sola, deje ver...

SANCRISTÓBAL.- (*Empuja violentamente a Rosaelena*)
¡Deje la joda! ¿Cuál es la fastidiadera? No acose. Deje a la señora en paz, déjenos en paz, deje de chillar. Más bien dedíquese a lo suyo. Y con cuidadito. Mire bien dónde pisa, no vaya a ser que pase impunemente por sobre cualquiera de nosotros.

MARLENROSA.- No le haga caso doña Rosaelenita, no se deprima. Debemos tratar de comprender lo alterado de los ánimos. Es mejor aceptar las cosas con vocación de resignación, ¿sí?, para que nos sobrellevemos...

ROSAELENA.- ¡Deje ya de tratarme como a una muchachita de su edad, con su estúpida caricatura de niña bien educada! ¡A la mierda con su educación y sus buenas maneras!

MARLENROSA.- ¿Lo dice por mí? ¿Qué tiene usted contra mí...?

ROSAELENA.- ¡Lo digo por usted, sí!

CARMENROSA.- Cálmense. ¡Basta!

MARLENROSA.- Sí, cálmese mi señora. Me parece que de todas maneras hay que conservar la calma y las buenas maneras, hay que comportarse con dignidad y altruismo incluso, incluso en los peores momentos.

ROSAELENA.- Con dignidad, miren quién habla de dignidad; miren cuándo habla de dignidad...

MARLENROSA.- Ah, ya entiendo... Pero permítame manifestarle que si todo su problema se refiere a que el caballero se comportó atento y no ha tenido grescas conmigo... De todas maneras me parece muy descortés que usted, una persona a quien en un momento dado me había hecho tantas ilusiones de llegar a conocer, se muestre tan reiteradamente grosera, altanera y humillativa... Y si aquí nos habíamos imaginado que no existía un desadaptado, con mucha pena y franqueza tengo que reconocer mi equivocación.

ROSAELENA.- Muchachita petulante.

- CARMENROSA.- *(Señalando consternada un montículo que ha dejado al descubierto)* Miren... eso parece... No. ¡Sí, es como una cabeza! Pero no es la mía... ¿A quién le pertenece?... *(A Rosaelena)* ¿Es la suya?
- ROSAELENA.- ¿Esta loca? ¿Mía? ¿Por qué mía? ¿Acaso le nota algún parecido con mi cabeza?
- MARLENROSA.- *(Después de confirmar)* No, no es la cabeza de doña Rosaelena... Son los restos como de una máquina de escribir. Aquí quedó una tecla intacta. La "Z".
- SANCRISTÓBAL.- Debe de ser porque era la última.
- ROSAELENA.- La última, qué ironía, la última... Yo llegué aquí de última y corrí peor suerte que una miserable tecla de máquina de escribir...
- CARMENROSA.- Los últimos serán los primeros, dicen las Sagradas Escrituras...
- ROSAELENA.- Bueno, al menos para algo le sirvió a usted vestir santos...
- CARMENROSA.- Y en cambio a usted, de poco que le sirvió desvestir borrachos.
- ROSAELENA.- *(Tras confirmar la identidad de la chatarra, la arroja sobre los escombros)* Yo no debería estar aquí con ustedes, pero al maldito de mi abogado le dio por morirse antes de la audiencia. Ay, ¿por qué no fui a su velorio, por qué no acepté esa señal divina? ¿Por qué tuve que salir de mi casa ese maldito miércoles?
- CARMENROSA.- Miércoles de Ceniza.

- ROSAELENA.- ¿Y por qué llegar justo a esa hora? Un minuto, si solo me hubiera demorado un minuto atravesando esa calle...
- CARMENROSA.- Un minuto... Eso es lo que la gente le pide al destino siempre que le pasa una desgracia, cuando ya no hay nada que hacer.
- ROSAELENA.- Yo no salía de mi casa, nunca salía de mi casa y menos de día, porque yo era ave nocturna. Yo era fantasma de la noche. Pero ahora soy un fantasma encandilado en la luz de un día eterno... y con ustedes, justo con ustedes tres...
- CARMENROSA.- No, la señora no debía estar aquí. Su señoría debía, a estas horas, estar en su casa acostadita, mirando los periódicos y compadeciéndonos: "Uy, qué horror, qué cantidad de muertos y yo que iba a ir, menos mal que no salí... Rosamaría, un café para pasar el susto". Porque usted debe de tener una sirvienta, por lo menos una, y debe llamarse Rosamaría, para más señas; que no es sino verla para saber que tiene una legión de sirvientas, las que ahora mismo deben estar haciendo un festín con sus libros pornográficos, su *vermouth*, su cama; es más, quién sabe si no estarán haciendo una orgía para concelebrar su desaparición, porque usted... seguro que usted les dijo que venía para la Corte, ¿no es cierto?
- ROSAELENA.- (*Completamente fuera de sí*) ¡Se equivoca puerca! ¡Se equivoca como el ladrón que juzga por su condición! Yo no tengo libros pornográficos ni sirvientas, no sea infame. Yo me bastaba por mí misma, no sea mezquina... ¡¡¡Mezquina!!!

Diez

(Silencio. Rosaelena se muerde los dedos tratando de apaciguar sus impulsos asesinos que, total, de nada le sirven. La escena le ha permitido recordar, por primera vez, su casa)

ROSAELENA.- Lo único, lo único que lamento es que Lucas y Luis se van a volver locos y van a terminar despedazándose.

SANCRISTÓBAL.- ¿Lucas? Je. ¿Luis? Ah, ja. ¡Qué tal! Y...

ROSAELENA.- Son mis perros... dóberman. (Pausa. Los mira mientras se frota compulsivamente las manos) Y yo que pensé que a los muertos los defectos se les acababan. No era sino leer los obituarios. Antes se les acentúan...

CARMENROSA.- Se nos...

ROSAELENA.- Qué bien, ya nos empezamos a conocer como debe ser. Nada de buenas maneritas. Vamos haciéndonos a la idea de que no la vamos a pasar bien. Que esto no es más que el principio. Y que no va a haber treguas que valgan, como en una guerra, cariños, porque esto es una que apenas comienza.

SANCRISTÓBAL.- Ajá, así va siendo mejor. Porque es mejor no confiarse de cualquiera, antes que uno termine por llevarse otra sorpresa.

Once

(Silencio. *Rosaelena se levanta de improviso. Con un gesto amplio prepara su bolsa de la basura y comienza su tarea de búsqueda frenética. Carmenrosa estudia la situación: ve a Rosaelena ocupada, ve a Sancristóbal de espaldas como derrotado, con las manos en los bolsillos y ve a Marlenrosa sola, jugueteando con un montoncito de cenizas. Se decide, se sienta junto a ella y prepara una buena introducción para hacerle la charla*)

CARMENROSA.- Va a empezar a llover. La lluvia, yo sí la voy a extrañar. Me habría gustado salir otra vez a la calle mojada. Decían que el espíritu de uno, antes de perderse, se devolvía y miraba lo mejor que le había pasado. Y yo trato de salir flotando por ese agujero y no, eso también era mentira...

MARLENROSA.- (*Seca*) Eso será cierto si uno se muere naturalmente. No cuando es sorpresa, por casualidad.

CARMENROSA.- La gente no se muere por casualidad sino en los accidentes y esto no fue un accidente.

MARLENROSA.- Da igual, es un hecho. (*Por Rosaelena*) Oye, amor, cuidado dónde pisas.

CARMENROSA.- Mire...

MARLENROSA.- ¿Qué es?

CARMENROSA.- Lo encontré ahora. ¿Sabe? Una señora de las que trabajaban aquí, en la cafetería del Palacio de Justicia, fue la noche del martes al almacén y me dijo que necesitaba un pesebre. Estaba muy rara, muy nerviosa, parecía que alguien la perseguía... Yo le dije que claro, que

si deseaba ver una muestra, un modelo, porque los pesebres recién empiezan a llegar cuando se acaba noviembre; ella me dijo que sí, pero que no podía decidir, que fuera al otro día a visitarla, a las once y treinta... Me rogó, me suplicó... Esa era la muerte. Seguro. Y yo le creí... Le traía la muestra... Se lo regalo.

MARLENROSA.- ¿A mí?

CARMENROSA.- Me gustaría que se quedara con usted. Era una muestra, pero para mí era muy... especial.

MARLENROSA.- Ay, gracias amor, pero...

CARMENROSA.- Se va a llegar la Navidad. Bueno, todavía falta como un mes y medio, y además, ¿qué importa la Navidad? Tome, cójalo. *(Marlenrosa lo recibe, lo mira y no sabe si guardarlo en su bolsa)* Antes de salir del almacén, cuando me iba a venir para acá, llamé para hacer los pedidos de pesebres. Van a llegar y se van a cansar de golpear.

MARLENROSA.- ¿Y los dueños?

CARMENROSA.- Los curas van cada dos meses a hacer inventario. Y la última vez que estuvieron fue el domingo pasado; ni se soñarán que aquí quedé... Van a pensar que volví por mis malos pasos y no van a creer que efectivamente no falta nada del almacén. Lo revisarán todo antes de convencerse.

MARLENROSA.- A mí la Navidad, ¿sabe de qué me acuerda? De mi papá. Era un señor lo más de tradicionalista y... me echó

de la casa hace diez años, dizque por callejera. Lástima. Mi papá ya no me va a extrañar... Lástima de su hija única... No, no me va a extrañar.

CARMENROSA.- Es... bonita, usted.

MARLENROSA.- Mira a Carmenrosa con extrañeza, luego fuerza una sonrisa nerviosa. Muchas gracias, pero ¿por qué...?

(El desgarrado grito de Rosaelena las sitúa en toda la dimensión de la realidad. Confrontándose con unos trozos de carbón, Rosaelena de Narváz ha abierto uno de los sanitarios y frenéticamente saca carbones y efectos achicharrados... Va cayendo de rodillas mientras vocifera)

ROSAELENA.- ¡Aquí! ¡Esto es mío, esto es mío! ¡Aquí! ¿Esto era? Ay Dios mío, ¿a esto queda uno reducido?

Doce

(Y la luz baja suavemente mientras los otros tres personajes se dirigen a confirmar el hallazgo.)

Oscuridad.

Se oyen varias explosiones y salvas de artillería espaciadas.

Cuando regresa la luz, Rosaelena yace inventariando sus restos, sentada, frente al sanitario. Los otros tres están sentados, muy tensos sobre los otros tres sanitarios, abatidos. Marlenrosa está un poco recargada hacia el hombro de Sancristóbal. Carmenrosa acaricia la imagen de pesebre. Luego de un silencio sin temas, Marlenrosa mira hacia la caverna del agujero humeante que se niega a extinguirse)

MARLENROSA.- Todavía queda un poco de humo.

CARMENROSA.- Sí, eso es, un poco de humo.

MARLENROSA.- A mí me parece triste el humo.

SANCRISTÓBAL.- El humo no es triste ni es nada, el humo es simplemente eso: una cosa que está y al rato desaparece...

MARLENROSA.- Por eso es que me parece triste el humo.

ROSAELENA.- Si todavía ardiera todo, como ante-noche, las cosas serían distintas. Así a nadie se le olvidaría; así a nadie le cogería el sueño, así la gente diría:
(A *San Cristóbal*) "Oiga usted, ¿por qué incendia las cosas? Eso está mal hecho. ¿No ve que ahí hay gente, y la gente, cuando hay fuego de por medio, le da por quemarse?"

SANCRISTÓBAL.- ¿Y por qué se dirige a mí? Mire para otro lado.

MARLENROSA.- Sería necesario mantener una llama perpetua como en los monumentos a los héroes desconocidos, para que la gente no se olvidara... Una llama perpetua, qué bonito sería. Una llama perpetua en honor a esas pobres gentes desconocidas que se murieron achicharradas en este gran palacio de mármoles y piedras...

SANCRISTÓBAL.- (*Se levanta y coge la tapa de uno de los sanitarios*) Bueno, ya buscaron y rebuscaron... Entonces, ¿se deciden? ¡Abramos de una vez esto!

MARLENROSA.- No, un momentico.

- CARMENROSA.- Yo no creo que hasta eso, que nos hayan reservado unos inodoros para escondernos, sería infame...
- MARLENROSA.- ¿Sí oyen? Están cantando. Son los brigadistas del aseo. Ya vienen por las escaleras. Y no terminamos de conocernos...
- ROSAELENA.- Ni se le ocurra más numeritos de lo rico que sería saber quién es quién. Abran, abran eso de una vez y vean lo bonito que es mirar lo poco que vale uno. Oigan cómo suenan las aspiradoras y los chorros de agua que todo lo limpian y lo borran.
- SANCRISTÓBAL.- Ya la señora repuso sus alientos, permiso... (*Se dispone a abrir las tazas, Carmenrosa lo detiene*)
- CARMENROSA.- Espere, señor. Es que tengo miedo... Sé que en cuanto levante una de esas tapas me voy a encontrar de frente con eso (*A Marlenrosa*) y no quiero que usted me vea... (*Por Rosaelena*) Ella ya terminó y nos espera con su bolsa repleta, en cambio usted, usted se ve todavía viva. Me daría mucha alegría sentir la vida de su mano por un instante...
- MARLENROSA.- Como tranquilizando a un niño, le da unas palmaditas en la espalda. Ya, calmadita doña Carmenrosa, ya. Toca enfrentar la dura realidad. Mire, si quiere, yo le ayudo de solidaria. Usted cierra los ojos y nosotros miramos por usted, ¿sí?
- CARMENROSA.- No quiero cerrar los ojos, pero tampoco quiero ver.

MARLENROSA.- Bueno, entonces no mire.

CARMENROSA.- Pasará la basura.

MARLENROSA.- Entonces, busque.

(La mano de Carmenrosa, que se aferraba con miedo al hombro de Marlenrosa, pierde toda medida y se dirige hacia el rostro de ella, en una caricia desordenada. Tras la sorpresa, Marlenrosa la aparta bruscamente y retrocede hacia Sancristóbal)

CARMENROSA.- No, espere por favor, espere...

MARLENROSA.- ¡No me toque! ¡No me toque! ¿Qué le pasa? Ay, la señora resultó afeminada... Qué pena, no se me acerque. *(A Sancristóbal)* ¡Dígale que no se me acerque!

CARMENROSA.- No es por eso, no es por eso, es...

ROSAELENA.- Qué espectáculo, ahora falta que el señor de las piedras preciosas resulte también un fiasco... Ánimo, cobardes; si ustedes no se deciden, miren...

Trece

(Y abre Rosaelena, una tras otra, las otras tres tazas. Un fogonazo de pavor los sacude, se arrodillan al frente)

CARMENROSA.- Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza. ¿No pudieron escoger un mejor sitio para escondernos?

MARLENROSA.- Pero algo respetan, que a la imagen no se atrevieron a echarla ahí.

CARMENROSA.- O no cabía. ¡Ay, Dios mío! Así es como desaparecen a la gente. Debieron tapar las cañerías con tanto desaparecido...

SANCRISTÓBAL.- Refundidos con la mierda...

(Y cuando Sancristóbal saca su tula achicharrada, de ella cae una subametralladora chamuscada, que Marlenrosa toma y levanta incrédula...)

MARLENROSA.- Ay, el señor estaba armado...

SANCRISTÓBAL.- ¡Deme eso!

ROSAELENA.- *(Se coge la cabeza con las manos)*
Pero... pero...

MARLENROSA.- Y si estaba armado, ¿por qué no se defendió? ¿Usted era un escolta, o un agente, o qué?

SANCRISTÓBAL.- ¿Qué le importa? Deme eso, preste para acá...

ROSAELENA.- No, eso, eso... Usted, usted... ¡Usted me disparó, usted fue el que me asesinó!

SANCRISTÓBAL.- De qué habla, si yo a usted nunca la había visto.

ROSAELENA.- Aquí, en el cuarto piso... Disparos, disparos... Yo buscaba una puerta para esconderme, pero nadie abría. Entonces a la vuelta de un pasillo, por las escaleras, un señor con un maletín corría... Yo me puse contra la pared y lo vi... Lo detuvo él, lo detuvo y lo pateó. Luego sacó eso y lo mató a sangre fría... Lo mató. Entonces yo me quedé paralizada... Me quedé mirándole

la nuca. Entonces se volteó y me miró a los ojos... “¡Usted no vio nada!”, me decía, “¿cierto que usted no vio nada?” Y, y yo sentí que se acercaba porque cerré los ojos... Los disparos se oían por todas partes, retumbaban. Lo último que recuerdo es que me arrastraban...

MARLENROSA.- ¿Eso es cierto?

SANCRISTÓBAL.- Qué va, la señora alucina porque no le paré bolas...

MARLENROSA.- ¿Por qué dice mentiras? ¿Qué saca con decir mentiras? Por eso era que estaba tan callado, y yo que pensé que estaba melancólico por mí...

SANCRISTÓBAL.- Quítense, no se me acerquen. Bueno, sí, todos cometemos errores, el error es humano...

MARLENROSA.- Yo el único error que cometí fue venir a este desventurado sitio a hacer un *manicure*.

SANCRISTÓBAL.- Bueno, ¿y qué le hacemos? Escogí un mal día para arreglar un asuntico y las cosas no se me dieron.

CARMENROSA.- Usted vino a participar en esta carnicería, pero la cosa le salió al revés.

SANCRISTÓBAL.- En eso se equivoca, que yo era tan inocente como ustedes...

ROSAELENA.- Degenerado, ¿se cree que si usted fuera inocente yo estaría aquí?

SANCRISTÓBAL.— Fue un accidente. Si se atravesó, de malas; si no hubiera estado, de buenas. A usted le tocó porque me vio en esas. Y no es por excusarme ni eso, pero, la verdad es que tenía un negocio de gemas con un abogado de los que trabajaban aquí, y el tipo no era serio. Le cobraba por las buenas y nada... Yo estaba neurasténico pero lo ocultaba y ya había hecho cuentas de darle su merecido, lo tenía estudiado. Pero cuando íbamos bajando las escaleras se desató una plomacera tremenda, entonces nos devolvimos y mientras yo me descuidé un segundo para ver lo que pasaba el otro echó a correr. Entonces pensé que en medio de estos tiros como totes, uno más ¿a quién le iba a molestar? Esa fue la cosa. ¿Quién la mandó de metida? Y además, ¿por qué no habló? Cuando la vi con los ojos cerrados pensé que se estaba grabando mi cara para aventarme; por eso fue. Y lo mejor del cuento fue que después de dejarla aquí, cuando salí, se aparecieron unos tipos con pasamontañas, disparando como unas locas. Como me vieron el arma, pensaron que yo era escolta o algo así y me tumbaron... Fue un accidente, yo sí lo acepto. Yo la confundí a usted, ellos me confundieron a mí... ¿qué le vamos a hacer? Así era de dura la vida: una feria en la que todos nos confundimos con todos, así como aquí.

Catorce

- ROSAELENA.- Discúlpeme por no haberlo comprendido, hombre de las piedras preciosas. Gracias por su explicación. Ahora sé que usted no tuvo la culpa de matarme; que la culpa fue mía, por haberme cruzado con usted cuando trabajaba para ganarse la vida... Discúlpeme, no volverá a suceder...
- SANCRISTÓBAL.- Me le aguanto sus sarcasmos, desahóguese lo que quiera, está en su derecho...
- CARMENROSA.- Ya vienen por las escaleras, ya llegaron los de la basura...
- ROSAELENA.- ¿Qué dicen, hermanas? ¿Será que vale la pena sacarnos de ahí? ¡No! Yo creo que no. Yo creo que es el sitio justo y adecuado para lo que vale la vida hoy en día. Alguien con mucho sentido común nos puso ahí. Sí, eso tiene bastante sentido.
- MARLENROSA.- A pesar de todo, es una verdadera lástima que entre nosotros no haya podido prosperar ni la concordia ni nada en común. Ni siquiera un poco de solidaridad...

(Mientras las tres mujeres cubren con sus bolsas los inodoros, la luz baja lentamente. Sancristóbal avanza con su bolsa repleta hacia el proscenio y la coloca cuidadosamente en todo el centro)

FIN

Un Miércoles de Ceniza (Diálogos de difuntos)
Editado por la Universidad Pedagógica Nacional,
se compuso en caracteres de la familia Minion Pro
y se terminó de imprimir en los talleres de Javegraf.

Bogotá, Colombia, 2015



Serie:
Escénicas

Colección:
Artes para la educación

ISBN 978-958-8908-31-1



9 789588 908311